

BALADAS ESPAÑOLAS

TRANSICIÓN

—Juglar, si te he dado albergue,
divinamente lo pagas;
pasaste el rastrillo ayer
y hace ya siglos que cantas...

Cambió el tiempo, cambió el mundo,
cambió de verbos la raza,
abre al ser de hoy los sentidos,
deja el laúd contra el arca...

Recuerdo de juglarías
enmudezca esta mañana,
las cuerdas de tu laúd
pasemos a esta guitarra.

— Señora, pues tú lo quieres,
hágase lo que tú mandas;
lo que de las cuerdas sobre
me lo colgaré en el alma...

Digamos de cosas de hoy
como hoy son en mis baladas;
si un son triste oyes pasar
debajo de las palabras,

no me lo tomes en cuenta,
dueña mía, será el alma
que entre sus cuerdas se queja
de estar como agarrotada...

LA HIJA DEL MENDIGO

¡Ay, padre! ¿porqué llorar?

Yo tan contenta me estoy
que por todas partes voy
diciendo el mismo cantar:

— ¡Ay, padre! ¿porqué llorar?

No encontré un alma piadosa
que me quisiera amparar;

¡fortuna que hallé esta rosa
con qué poderme adornar:

— ¡Ay, padre! ¿porqué llorar?

Dos mozuelos que me vieron
me la han querido arrancar:
los dos, entre sí, riñeron
para venirme a abrazar.

— ¡Ay, padre! ¿porqué llorar?

Yo les vi reñir de suerte
que se querían matar;
de los dos triunfó el más fuerte
y me vino a consolar.

— ¡Ay, padre! ¿porqué llorar?

Las palabras que decía
son dulces de recordar:
«Esa rosa ha de ser mía;
yo te la quiero arrancar».

— ¡Ay, padre! ¿porqué llorar?

«Yo en un jardín la pondría,
orilla, orilla del mar;
yo las venas me abriría

para poderla regar.»

— ¡Ay, padre! ¿porqué llorar?

Como el mozuelo era fuerte
no le pude rechazar;
yo le pedía la muerte
y él no me quiso matar.

— ¡Ay, querida, yo!... ¿porqué llorar?

LA MALA MIRADA

— Madre, váyame hablando,
que me sosiega el alma.

— Oye lo que te digo,
hijo de mis entrañas:

Rompe con los amigos,
que son mala compañía.

No busques por afuera
la paz que reina en casa.

Tú quédate en lo tuyo
que el corazón no engaña.

Para cuidarte enfermo,
con tu madre te basta.

— ¡Qué verdad dice, madre!
¡Si de antes la pensara!

— Piensa lo que te digo,
hijo de mis entrañas:

el vino va a la sangre
y la quietud al alma.

Nunca mueve las manos
lo que se va en palabras.

Nunca a vivirse vuelven
las horas malgastadas,

y cuando a morir tocan
hallamos que nos faltan.

— ¡Qué verdad dice, madre!
¡Si de antes lo pensara!

— Piensa lo que te digo,
hijo de mis entrañas:

Las riñas no te dejan
mejor de lo que estabas.

Riñas no abonan pechos
ni quebrantan ingratas.

No por reñirte enmiendas
traidores que te engañan.

Si hieres, porque hieres,
si no, por que te matan,

las riñas no te dejan
mejor de lo que estabas.

— ¡Qué verdad dice, madre!
¡Si de antes la pensara!

— Y sobre todo piensa,
hijo de mis entrañas,

a qué traiciones debes
estar en esa cama;

que manos te han herido,
qué hiel te amarga el alma,

qué mujer te me roba,
qué cariño te acaba.

¡Mala mirada aquella
que el alma te traspasa!

¡Mala suerte merece
la que así te me para!

— Madre, madre, no siga
que en eso mismo estaba;

¡en ella sí que pienso
y en su mala mirada!

de que la vide ¡y antes!
yo creo que pensaba.

No se me asuste, madre,
de que llegue a olvidarla.

Cuanto más pienso ¡más
se me mete en el alma!

LANCES DE AMOR

«No hagáis cuenta de ir conmigo
si os echáis cuentas galanas,
que yo quiero hombres de sangre
y de ánimos para darla.

»La hora en que nos reunamos,
hora ha de ser señalada:
la primera de la noche,
en sonando el toque de ánimas.

»No veo dónde juntarnos
si no es en la misma plaza;
que a los anchos corazones
no les van encrucijadas.

»Podéis venir, si os antoja,
sonando vuestras guitarras
y que las viejas dispierten,
santiguándose, en la cama.

«Si las adornáis con cintas,
escogedlas coloradas,
que ni la sangre ni el vino
corran albur de mancharlas.

»La sola cosa que os pido,
que obedezcáis al que manda,
y que toquéis abonico
debajo de su ventana.

»Dadle abonico a las cuerdas,
no por miedo al que descansa
sino porque cuando canto
¡me estorba hasta la guitarra!

»De lo de bravos, no hablemos;

en lo de encuentros ¡al arma!
antes que ceder ¡la vida!
y, antes que escapar, ¡el alma!

»Si no queréis ir de fiesta,
veníos de entre semana;
pero llevad en los dientes
vuestras hojas de albahaca.

»Si tenéis escapularios,
tal vez que nos hagan falta
y será mejor traerlos
por morir en santa gracia.

»Ahora démonos las manos
y hasta la noche, en la plaza;
voy a abrazar a la vieja
y a dar sebo a la navaja».

*
* *

Así convoca a los suyos
 en el portal de su casa,
 Perico el Rojo, una tarde,
 con un incendio en la cara.

La razón de sus razones
 es rondar a una muchacha
 dulce, que la miel lo es menos;
 fiel, que lo lleva en la cara

De tan dulce y de tan fiel,
 la llaman «paloma blanca»;
 de su compostura están
 dando pruebas sus ventanas.

Los cristales van tapados
 con dos cortinillas blancas;
 los clavelicos de afuera
 se marchitan en la mata.

Contadlos anochecido,

contadlos cada mañana;
 si no es los que se han pasado,
 ni uno sólo echáis en falta.

Perico cuando la ronda,
 debajo de su ventana,
 empieza siempre sus cantos
 con una misma tonada:

«¡Al que me robe tu amor
 le den mala puñalada!».

LA MOZA DESPECHADA

Madre, aunque las gentes
me llamen ligera,
no por olvidada
doblaré cabeza:

¡cantarito nuevo
hace el agua fresca!

Bien sé que ninguno
besaré mis rejas,
tomará mi mano,
rondará mi puerta,
ni más agradable,
ni con más guapeza;
pero no lo digo,

madre, aunque lo crea:
 ¡cantarito nuevo
 hace el agua fresca!

Buscaré cortejo,
 me saldré a verbenas,
 comeré rosquillas
 y tendré pareja;
 bailaré, si bailan;
 jugaré, si juegan;
 y diré, si él me oye,
 fingiendo altiveza:
 ¡Cantarito nuevo
 hace el agua fresca!

Madre, yo no quiero
 que las gentes vean
 que con sus desdenes
 me mata de pena.
 ¡Llore yo, en buen hora,
 cuando no me vean!

Pero diga, cuando
 las comadres vengán:
 ¡Cantarito nuevo
 hace el agua fresca!

Yo bien sé que engaño;
 pero no me tengan
 ni por licenciada
 ni por desvuelta.
 El fuego de adentro
 se me sale a fuera;
 si él me ve encendida,
 madre, que no crea
 que aún está en su mano
 lo que ya desprecia.
 ¡Ay! poco entendía
 de amores y penas
 el que dijo antaño
 por la vez primera:
 ¡Cantarito nuevo
 hace el agua fresca!

No vea el ingrato
 que me da dentera
 cuando por la plaza
 pasa al lado de ella,
 ni cuando la llama,
 ni cuando la espera...
 y si un día, madre,
 me faltan las fuerzas
 y me voy del mundo
 sin estar enferma,
 diga a las comadres
 que me miren muerta:

«¡Cantarito nuevo
 hace el agua fresca;
 tan fresca, mocicas,
 que, a veces, la huela!»

RAPAZA

Rapazuela me soy
 y, conforme a Dios, tengo
 de rapaza los forros
 y de rapaza el cuerpo;

tanta vida en el alma
 que se me va del pecho;
 tanto fuego en los ojos
 que cambio, cuando duermo,
 la lumbre de los días
 por mi día de dentro.

Rapazuela me llaman,
 por rapaza me entiendo;

las espigas del campo
me las pongo en el pecho,
los tallos de oro me hacen
cosquillas en el cuello...

Todos me son avisos,
todos me dan consejos:
procesión de la vida
por los claros senderos,
¿para qué quiero el palio,
si una rapaza quedo?

¿Qué secreto es el mío
que, al pasar por el pueblo,
de ciertas cosas hablan
en voz baja los viejos
y me miran los mozos
por otras que no entiendo?...

Antes de verme, a veces,
ya adivinan que llego...

¿Porqué será?—Una vieja
me contesta riendo:
—la tarrita de mieles
que trasciende de lejos!...

Bien dicen que más cantan
los pájaros más ciegos:
pájaro de mis años,
pajarito pequeño
¡benditas tus cegueras
que así me cantan dentro!...

Rapazuela me llaman,
por rapaza me entiendo.
Yo me voy por la vida
como por un sendero
donde todas las cosas
me guardan un secreto.

Cada día que pasa
me asusta más saberlo;

LA DEVOTA

Vengo a darte el alma mia,
Santo Cristo Nazareno;
tómala, no me la pagues;
si no supiera que es bueno,
lo mismo te la daría.

¡Ay, esos brazos abiertos,
tan abiertos noche y día!
Cuando te miro y los miro,
entre tus dos brazos muertos,
sin dolor me moriría.

¡Ay, ese amor por que mueres
y que nadie ha conocido!

¡Ay, amor de muerte y vida!
Si entero dármelo quieres,
yo lo guardaré escondido.

Ojos dulces, ojos grandes,
ojos de dolor cargados,
al mirarlos tan dolientes,
—¡Señor, no me lo demandes!—
los codicio enamorados.

¡Ay, tú que mueres de amor,
callado en el padecer!
¡quién aprendiera de ti
a gozar en el dolor
sin cansarse del placer!...

Santo Cristo Nazareno,
mira porque me has rendido:
porque a verte, cada día,
vengo con el pecho lleno,
me marchó como he venido.

No eres vaso de alfarero
que si lo colman rebosa;
Santo Cristo silencioso,
mar de amor profundo y fiero,
donde todo es poca cosa!

Como tu Pasión, la mía
siempre crece y nunca acaba;
Santo Cristo muerto y vivo
¿qué iba a hacerse el alma mía
si en tu amor no la empleaba?